

«Cuantos más datos tiene la IA, más vulnerables somos las personas»

Domingo García-Marzá y Patrici Calvo, profesores de la UJI y autores de 'Democracia algorítmica', debaten sobre la inteligencia artificial en una cita organizada por el Rototom

CASTELLÓN

¿Cómo funcionaría una democracia sin personas? ¿Qué aspiraciones, impactos y consecuencias tendría una democracia donde los algoritmos definen la verdad y la justicia? ¿Para qué necesitamos democracia si contamos con datos y algoritmos? Arrojar respuestas, desde la reflexión colectiva, a estas cuestiones fue el objetivo de la sesión 'El futuro de la democracia. Los nuevos despotismos tecnológicos', que acogió el Menador Espai Cultural de Castelló dentro del ciclo 'Diálogos sin fronteras', impulsado por el festival Rototom Sunsplash y su Asociación Cultural Exodus.

Moderado por la periodista de *El País* María Fabra, hilando este debate estuvieron Domingo García-Marzá, catedrático de Ética de la Universitat Jaume I, y el doctor en Filosofía Moral por la UJI y profesor Patrici Calvo, coautores del libro 'Democracia algorítmica', que verá la luz en breve.

Ambos pusieron sobre la mesa el momento de «deriva» de las democracias actuales y la «desilusión» de la ciudadanía ante su «inoperancia frente a los nuevos desafíos» y cómo, como respuesta ante este escenario, «emergen alternativas a las democracias maduras basadas en la expertocracia, el liberalismo, el autoritarismo o el tecnochovinismo». Opciones marcadas «por la efervescencia del populismo y el aumento exponencial de la capacidad de producción de opinión sintética y manipulación de las nuevas tecnologías disruptivas, como la IA Generativa».

El interés particular de organismos gubernamentales y grandes tecnológicas se ocultan tras la opacidad de los algoritmos. Empresas e instituciones «utilizan su enorme poder para dise-



La periodista María Fabra, junto a los profesores Domingo García-Marzá y Patrici Calvo. C. A. D.

ñar, promover y difundir algoritmos inteligentes con fines estratégicos y altamente instrumentales, como mantener o acrecentar el poder, controlar la ciudadanía, someter a la sociedad, manipular el voto, amordazar la opinión pública o provocar consumos compulsivos», advierte Patrici Calvo.

«El principal problema es que hemos dado a la IA un acceso ilimitado a nuestro mundo privado y, sobre todo, íntimo», señaló Calvo, mencionando todos los aparatos inteligentes de uso cotidiano –móviles, ordenadores, altavoces o relojes– que recopilan datos personales para las grandes corporaciones gubernamentales y tecnológicas. «Cuantos más datos tiene la IA, más vulnerables se vuelven las personas, las sociedades y las distintas esferas funcionales que, como la democracia, la utilizan para proyectarse y

desarrollarse», inciden ambos expertos en filosofía moral y política.

Con todo, aseguran, la aplicación de ese «potencial disruptor y distorsionador de la IA Generativa en un súper año electoral como 2024» –donde más de 70 países de todo el mundo van a elegir sus representantes– «puede tener impactos altamente corrosivos para la democracia a escala global».

Ambos recuerdan que el uso de la democracia con fines instrumentales «corrompe los principios sobre los que se edifican nuestras sociedades modernas, como la libertad y la igualdad, y corroe los mecanismos de diálogo y discursividad que permiten una democracia madura con sentido de justicia y felicidad».

En un escenario en el que las emociones sustituyen a los argumentos en la toma de decisiones políticas y

la tecnología coloniza la esfera pública desplazando a los seres humanos de su espacio de participación y crítica sociopolítica: ¿a qué futuro nos vemos abocados? «Se puede hacer frente a estos desafíos», coinciden ambos expertos, «evitando la esfera digital en la generación de opinión pública y recuperando la presencialidad y relación».

«Gobernemos la IA», reivindican. «Disponemos de instrumentos y mecanismos para ello, como los códigos de ética y conducta para orientar su diseño y explotación, los canales de ética para alertar o denunciar casos de mala praxis, las auditorías éticas para comprobar su correcto funcionamiento, o los informes de responsabilidad y explicabilidad para rendir cuentas a la sociedad de sus usos e impactos».